

Claudín, protagonista de "las crisis del comunismo"

LA intención de confrontar mi opinión con lo manifestado en TIEMPO DE HISTORIA por Fernando Claudín está animada, en primer lugar, por la voluntad de incidir en un debate que, siendo central en la crisis del siglo XX, apenas si ha podido trascender el catacumbico círculo de los iniciados. En segundo lugar, porque me permite ampliarlo hacia una reflexión sobre el significado de la obra de Claudín que, dicho sea previamente, considero como uno de los pocos intelectuales españoles conocedores del marxismo. A lo dicho en la revista como biográfico hay que añadir una radiación mayor: Claudín es significativo de llevar a cabo una ruptura con el stalinismo, no sobre una alternativa orgánica sino sobre una profunda reconsideración intelectual teórica, cuyas premisas «abiertas» le lleva a recorrer un periplo de simpatías que va desde la «vía italiana» de Togliatti —de la cual es pionero en España—, al intento de una «nueva vía» socialista de izquierda y abierta al comunismo como la del PSU francés —al que apoyó durante las jornadas de mayo del 68, jornadas que obligaron a Claudín a un nuevo «repensamiento»—, al intento de una «nueva izquierda» de tinte maoísta como «Il Manifesto» —con la cual rompió honradamente ante el giro de la política oficial china— y, finalmente, sin que esto niegue lo anterior, como teórico inspirador de una nueva tendencia de izquierda dentro del stalinismo español. Todo ello, sin contar la influencia indirecta que su obra ha ejercido sobre grupos y tendencias nacionales desde 1967. Claudín, pues, no es sólo teórico sino protagonista de «las crisis del comunismo».

Yendo por este terreno, entiendo que el título de la entrevista queda limitado por su contenido. Esta «crisis» en su sentido exten-



Según el firmante del escrito que publicamos, Fernando Claudín —en la foto— «es significativo de llevar a cabo una ruptura con el stalinismo, no sobre una alternativa orgánica, sino sobre una profunda reconsideración intelectual teórica».

sivo debería abarcar previamente a la crisis de la II.^a Internacional, la I.^a y, sobre todo, la crisis desarrollada en la III.^a Internacional. De hecho, la crisis del comunismo empieza con la construcción de esta Internacional, con el debate contra los «centristas» —socialdemócratas de izquierda que pretendían una conciliación de principios— y contra los «izquierdistas» —que extrapolaban la ruptura con la SD con la ruptura con

los organismos democráticos y sindicales—. Esta crisis se centra sobre todo en la polémica que personalizan Stalin y Trotsky, de la que tanto éste como Deutscher han dejado un cumplido testimonio. El sentido último de esta crisis se sitúa en el seno del monolismo staliniano: la extensión, a pesar de Stalin, del campo llamado socialista con las revoluciones yugoslava y china, la crisis de las «democracias populares»,



«Hay una constante del pensamiento claudinista que le sitúa más allá de Kautsky (al que vemos sobre estas líneas), pero más acá de Lenin. Es el tema de la «crisis social», de la famosa contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción.»

el XX Congreso, las revoluciones en el «Tercer Mundo», son los aspectos determinantes de esta crisis. El transcurso de la experiencia staliniana no ha evitado que se hayan transformado todos los datos objetivos y subjetivos que le dieron su lugar en la Historia. La obra de Claudín, inmersa en este devenir, viene a ser un intento de superar esta crisis o estas crisis, intento que se manifiesta por ejemplo en su obra capital, cuando al tratar la guerra civil plantea lo positivo que hubiera sido una «síntesis» unitaria organizativa donde había habido una especie de guerra civil provocada por la política de Stalin; y se manifiesta al final de la entrevista, cuando confiesa su alternativa en la confianza de «la reunificación del movimiento obrero, con toda la riqueza de sus diferentes tendencias y variantes, con la inevitable lucha ideológica en su seno, etc». Alternativa un tanto ingenua, al menos que se refiera a un entendimiento en los organismos unitarios por la base, en los cuales hay que hacer sagrados los derechos de tendencias.

Pero es en el tema de la crisis del comunismo donde quiero entrar. La constatación de esta crisis y su bien intencionada superación —englobando incluso otras crisis

más lejanas en la Historia, pero enraizadas en la clase— son insuficientes, es decir, inoperantes. La exacerbación de esta crisis empieza con la misma exacerbación de la crisis social, a saber, con la agravación de las contradicciones interburguesas e interimperialistas, como lo había entendido Kautsky analizando la revolución rusa de 1905, aunque luego perseveró en considerar su espacio histórico de «paz armada» —desde la Comuna de París hasta 1914— como vigente. En este aspecto, hay una constante del pensamiento claudinista que le sitúa más allá de Kautsky, pero más acá de Lenin. Es el tema de la «crisis social», de la famosa contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que para los bolcheviques y los spartakistas se había iniciado con la guerra mundial y que Claudín niega, como lo niega antes el Marx de 1848. Esta constante, que se pronuncia por la existencia de un amplio margen de «iniciativa histórica por parte del sistema capitalista», sería la razón de los fracasos revolucionarios de los años 18 y 20, de la integración del proletariado occidental tal como se caracterizaba en la situación previa a mayo del 68. La crisis del

movimiento obrero, pues, tendría como principio una falsa consideración de la coyuntura histórica: la excepcionalidad histórica de Octubre sería la razón de la confrontación gigantesca entre Stalin y Trotsky, entre un bolchevismo empírico que tendría que amoldarse-deformándose a una realidad superior y un bolchevismo subjetivista y honrado que reproduciría el modelo de Octubre como regla universal.

Esta cuestión es central para el marxismo, porque comprender el significado justo de la crisis es previo para poder ajustar la transformación. El razonamiento de Claudín es, a nuestro juicio, objetivista. Para Marx, la revolución de 1848 no podía ser analizada estrictamente desde el nivel de crisis de las fuerzas productivas bajo el capitalismo, sino desde el nivel del retroceso de la burguesía ante las tareas democráticas, retroceso motivado por la aparición de la lucha proletaria en un grado muy superior a la que iniciaron Babeuf y sus iguales. Tratando este periodo histórico, el diagnóstico del Engels era que, si bien la burguesía retrocedía, el proletariado aún no estaba preparado, y el ejemplo más concreto de esta ambivalencia era la experiencia comunera. Este diagnóstico se puede hacer extensivo a la primera revolución rusa (1905).

La excepcionalidad de Octubre no puede ser entendida objetivamente, sino por la coincidencia de una situación que ha sido común en la mayoría de países «civilizados» con la praxis bolchevique. Este aspecto es determinante en el leninismo y Claudín no lo considera. Mientras que la revolución burguesa cuenta con que su culminación está precedida por una hegemonía social y cultural, la revolución proletaria —inversamente— está precedida por una dominación social y cultural. El factor que blenin —con Trotsky desde 1917 y con matizaciones por parte de Rosa Luxemburg— incorpora al marxismo original es la acentuación de esta necesidad, acentuación esclarecida a la luz del pacto hecho por los «girondinos» del movimiento obrero —mencheviques en Rusia, socialdemócratas en Alemania— con una burguesía... que ya no era capaz de romper históricamente con



De acuerdo con una determinada línea de pensamiento, «la crisis del movimiento obrero tendría como principio una falsa consideración de la coyuntura histórica: la excepcionalidad de la *Revolución de Octubre* como razón de la confrontación entre Stalin y Trotsky».

los restos del «ancien regime» por miedo a la lucha proletaria. 1789-1793, eran irrepetibles. En el momento en que la social-

democracia se ha pasado al orden burgués — como resultado de su adaptación a una coyuntura histórica superada, del predominio

en su cuerpo dirigente de una aristocracia obrera, de una burocracia sindical y parlamentaria, y de las teorizaciones de un materialismo positivista y determinista—, como ha mostrado contundentemente la Historia, en el momento en que el stalinismo como estructura hegemónica del movimiento comunista ha deificado el Estado Obrero burocratizado como Estado Nacional y ha supeditado a la estrategia de éste a los partidos comunistas del mundo —situando como centro de su interés el mantenimiento del «statu quo» internacional y nacional, el partido «para sí» como hipotético representante de la salud del «pueblo» y ajustando como una goma los rasgos teóricos leninistas a estas premisas—, la crisis del movimiento obrero se sitúa en el mismo plano que la crisis del imperialismo —con el que se liga a través de sus direcciones—, o sea, con la crisis de la humanidad, cuyas perspectivas (según las mismas fuentes del Club de Roma) son las de una barbarie ya «standarizada»: declina-



«En el tiempo en que el marxismo era, como diría Lukacs, la simple ilustración de una cita de Stalin, se podía hablar no ya de una falta de correspondencia global sino de una auténtica contrarrevolución dentro de la revolución.»



En opinión de nuestro comunicante, «el intento de Claudín de enmendar la plana a los clásicos del marxismo, sobre todo a Trotsky, ha llegado a un callejón sin salida», aunque reconoce que el trabajo de Fernando Claudín «se inserta en una línea de honradez».

ción del desarrollo de las fuerzas productivas, bipolarización entre países ricos y pobres, dictaduras reaccionarias inspiradas desde el espíritu del Watergate, idiotización de la vida occidental..., complicidad de los países llamados socialistas, negación absoluta de las libertades en éstos, etc., etc.

El intento de Claudín de enmendar la plana a los clásicos del marxismo, sobre todo a Trotsky, ha llegado a un callejón sin salida. Estaremos de acuerdo con él en la crisis de las premisas teóricas (ya Rosa Luxemburg consideraba el empobrecimiento que tenía su época en relación a la originaria; con Trotsky la luz de esta segunda Edad de Oro se enriquece), pero no es menos cierto que, como decía Goethe, «el campo de la verdad es verde, mientras que el de la teoría es gris». Si en el período de los clásicos se podía hablar de una falta de correspondencia, en el tiempo en que el marxismo era, como diría Lukács, la simple ilustración de una cita de Stalin, no se puede hablar de una falta de correspondencia, sino de una autén-

tica contrarrevolución dentro de la revolución. La realidad desde la segunda postguerra hasta ahora ha sido más viva en hechos y contradicciones que la que ocupa un siglo anterior. Todo ello es indiscutible, pero una alternativa ecléctica que intente aunar lo mejor de cada flor es un paso hacia atrás. Es más, no entender que las premisas determinantes de este período de crisis conjunta, se centra en la falta de correspondencia entre la putrefacción de las condiciones con la capacidad revolucionaria de solucionarlas..., es ser más víctima de la crisis que contrarrestador de ella.

Sin duda, el esfuerzo de Claudín se inserta en una línea de mayor honradez que la de los intelectuales servidores de los aparatos estatales, como puede ser el caso de un Bettelheim, siempre dispuesto a ajustar sus investigaciones a la «raison d'Etat» maoísta. Pero esta constatación, insisto, es tan insuficiente como su buena fe expresada en los párrafos finales de la entrevista. ■ **JOSE GUTIERREZ ALVAREZ.**

UN TRISTE «HOMENAJE» A RICARDO MELLA

«El 7 de agosto de 1925 murió Ricardo Mella. Su pueblo entero, aquella ciudad de treintaitantas o mil almas, se movilizó de manera que parecía a un tiempo espontánea y emotiva (...). Aquella movilización viguesa en favor de Mella duró días. No hubo compartimentos: los tres diarios burgueses, el propio semanario socialista, animaban a participar en las cuestaciones públicas. El Ayuntamiento llamó «Avenida Ricardo Mella» a la actual de «La Florida». Son párrafos que a nuestros lectores les sonarán a familiares. Era la manera en que J. A. Durán reflejaba cómo Vigo recibió la muerte de Ricardo Mella («Ricardo Mella, nacimiento y muerte de un anarquista». TIEMPO DE HISTORIA, número 15, páginas 32-47).

Hoy, por el contrario, «la calle que llevaba el nombre de Ricardo Mella, desde hace tres meses el nuevo alcalde la suprimió». Nos lo comunican (junto a su agradecimiento hacia Durán) quienes lo sienten más que nadie: sus cuatro hijas —la mayor de 84 años y la menor de 70— que dedican al hecho este párrafo: «Para nosotras fue una decepción enorme, pero no queda más remedio que conformarse»... Esa es la manera en que se guarda oficialmente el recuerdo de un hombre cuya importancia histórica está fuera de discusión.

Aunque, por otra parte, quizá sea éste un homenaje nada despreciable hacia el que fue gran anarquista español. El «homenaje» de quienes desearon siempre su olvido.

